

¿Qué pueden aportar las universidades para reducir la polarización?

“...distintas encuestas en Chile muestran que las universidades se mantienen entre las pocas instituciones en que aún confía la ciudadanía. Esto representa una gran responsabilidad, que impone a las universidades el deber y la oportunidad de formar personas y ciudadanos que puedan combatir la polarización reinante...”.

JUAN LARRAÍN C.

Instituto de Éticas Aplicadas
Pontificia Universidad Católica de Chile

Qué duda cabe de que hoy vivimos en sociedades altamente polarizadas. Tanto es así que la FundéuRAE, de la Real Academia Española, eligió polarización como la palabra del año 2023; esto debido a su recurrente presencia en los medios de comunicación y en el debate social hispanohablante. Lamentablemente se trata de una mala noticia, ya que la polarización en un sentido amplio del concepto implica el desarrollo de actitudes negativas respecto del que piensa distinto, generando la formación de grupos incapaces de dialogar entre ellos, con los consecuentes daños para la convivencia y la democracia.

En ese contexto cabe preguntarse ¿qué pueden aportar las universidades para reducir la polarización? A mi parecer, este aporte puede darse al menos en dos ámbitos: la formación de personas y ciudadanos, y la búsqueda de la verdad mediante la investigación.

Respecto de lo primero, la misión de las universidades va más allá de formar profesionales, por lo que deben profundizar y avanzar en la formación de personas y ciudadanos con una capacidad de diálogo basada en una sólida formación en humanidades que permita el desarrollo del pensamiento crítico, el discernimiento ético, la aceptación de la discrepancia, la tolerancia, y el respeto. Pero, más importante aún, las universidades no deben conformarse solo con enseñar la existencia de estas capacidades



de forma teórica, sino que tienen la posibilidad única de generar espacios en que, además, se puedan poner en práctica. Para ello es esencial construir comunidades diversas y plurales, en especial con un estudiantado compuesto por personas de múltiples orígenes, historias de vida y formas de pensar.

Si a lo largo de la vida universitaria se logra que esa diversidad de personas se encuentre, para lo cual las actividades presenciales son esenciales, será posible poner en práctica un diálogo deliberativo, ético, respetuoso, tolerante y que contenga una buena dosis de una muy necesaria empatía. Así, las universidades podrán contribuir a la cohesión social y a la formación de una ciudadanía que opere como un antídoto contra la polarización.

Respecto de la búsqueda de la verdad, cabe enfatizar que es una misión central de las universidades. Mediante la investigación que realizan sus claustros académicos, generan nuevos conocimientos que enriquecen el espíritu humano, la discusión pública, y pueden servir para un mejor diseño de políticas públicas en beneficio del bien común. Sin embargo, es muy importante considerar lo que nos enseña la filosofía de la ciencia y la epistemología —disciplina que estudia el conocimiento humano—, esto es que, en el mejor de los casos, las actividades de investigación que realizamos solo nos acercan a la verdad, pero en ningún caso nos permiten alcanzarla. Este desafío es aún mayor en aquellas disciplinas que estudian problemas complejos afectados por múltiples factores y en las que, por razones metodológicas, es más difícil realizar experimentos que permitan probar empíricamente los efectos causales de los distintos factores involucrados.

Por ello, los aportes al conocimiento que

provienen desde el mundo académico deben evitar las propuestas simplistas, y se deben hacer con la humildad y honestidad intelectual de saber que por definición no corresponden a una verdad absoluta. Esta actitud, sumada a la virtud epistemológica de la apertura mental, es fundamental para facilitar y permitir la crítica cruzada entre una pluralidad de visiones expertas respecto de un mismo tema. Para avanzar en este aspecto las universidades deben trabajar para tener claustros académicos conformados por personas diversas, en que coexista una pluralidad de visiones que permita abordar los problemas desde distintas perspectivas, y de esa forma poder acercarse a la verdad.

Posturas académicas que olviden lo anterior pueden producir una polarización académica impidiendo a las universidades cumplir con su misión de buscar la verdad. Y lo que es más grave, privarán a la sociedad de una plataforma de diálogo como es la de la discusión académica, y de los bienes públicos que se generan, incluyendo la posibilidad de tener propuestas técnicas mejoradas que luego, en base a la deliberación democrática, sean escogidas e implementadas como políticas públicas.

Hoy nos enfrentamos a una profunda crisis de confianza en las instituciones. A pesar de esto, distintas encuestas en Chile muestran que las universidades se mantienen entre las pocas instituciones en que aún confía la ciudadanía. Esto representa una gran responsabilidad, que impone a las universidades el deber y la oportunidad de formar personas y ciudadanos que puedan combatir la polarización reinante, y en especial en estos tiempos de “posverdad”, cumplir rigurosamente con su misión de buscar la verdad.